

October 2001

Número 19: 18º Domingo después de Pentecostés - 21º Domingo después de Pentecostés

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh>



Part of the [Christianity Commons](#), and the [Practical Theology Commons](#)

Recommended Citation

(2001) "Número 19: 18º Domingo después de Pentecostés - 21º Domingo después de Pentecostés," *Estudios Exégeticos Homiléticos*: Vol. 2001 : No. 19 , Article 1.

Available at: <http://digitalcommons.luthersem.edu/eeh/vol2001/iss19/1>

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Luther Seminary. It has been accepted for inclusion in Estudios Exégeticos Homiléticos by an authorized editor of Digital Commons @ Luther Seminary. For more information, please contact akeck001@luthersem.edu.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 19 – Octubre 2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

07.10.2001 – 18° domingo después de Pentecostés – Severino Croatto

Habacuc 1:1-4; 2:1-4; Salmo 37:1-10; 2 Timoteo 1:1-14; **Lucas 17:5-10**

Los textos del evangelio de Lucas de este mes destacan el tema de la fe y de la *confianza* en Dios. Pueden variar los episodios narrados, pero en todos ellos hay alguna referencia a las relaciones de confianza. A partir de allí, se puede apreciar que las otras tres lecturas (historia, salmo, epístola) son escogidas por su conexión con el pasaje del evangelio a través de alguna palabra o frase.

El texto del evangelio (Lucas 17:5-10) viene motivado por el dicho de Jesús que le precede (vv. 3b-4), referido al perdón reiterado ante el arrepentimiento también reiterado. Se asocia entonces a continuación otro dicho de Jesús, sugerido por la solicitud de los apóstoles de que les aumente la fe. Su respuesta (“Si tuvierais fe como un grano de mostaza diríais a este sicómoro: ‘arráncate y plántate en el mar’, y os obedecería”, vv. 5-6) parece extraña en un primer momento. ¿Acaso no es absurdo pedir tal cosa a un árbol? ¿Se le habla a una planta? La frase da a entender claramente que no se trata de hablarle al árbol sino a Dios respecto del árbol. Y ya no es tan absurdo. Sin embargo, a nadie se le ocurre pedir a Dios que traslade un árbol. Pero no se trata de eso. El dicho, evidentemente, es metafórico. Está hablando de *otra cosa*, que es lo que importa: se trata *de la confianza en Dios*; a eso se dirigía la solicitud de los apóstoles. Con una corrección: éstos piden un “aumento” de la fe. Jesús está diciendo que no se trata de un aumento. La fe es fe y confianza, o no es nada. No tiene medida. Por eso Jesús habla del grano de mostaza. Éste es más o menos como la semilla de alfalfa o de lobelia, extremadamente pequeñas. Con una fe tan pequeña se puede hacer maravillas. Pero hay que tenerla. Parece que los apóstoles no están muy seguros de tenerla, a la luz del tono de la respuesta que reciben. Al estar en compañía de Jesús, no deberían sentir la necesidad de pedir un aumento de la fe. Simplemente, tienen que *actuarla*.

Una segunda enseñanza del Maestro está dada en el relato siguiente, que tiene que ver con las relaciones patronales según eran entendidas en aquel tiempo, no en el nuestro. En primer lugar, hay que notar *lo que desconcierta* en el ejemplo de Jesús: 1) Se admite la servidumbre como un hecho social no discutido; 2) El siervo que ha trabajado todo el día en el campo, arando o pastoreando los animales, tendría derecho, al llegar a casa, a sentarse a la mesa y comer. El amo, que se supone no ha estado trabajando, podría invitarlo a ponerse a la mesa (v. 7b); 3) El siervo es evaluado por el hecho de cumplir lo que se le manda (vv. 9 y 10), no importa si tiene hambre o está cansado; 4) El siervo no merece ningún agradecimiento por lo que ha hecho; 5) En la autoevaluación, se supone que el siervo debe sentirse “inútil”, a pesar de haber hecho lo que se le había mandado. Esto ya es el colmo de la baja estima.

¿Qué queda de rescatable en el ejemplo de Jesús? Aunque no aceptemos la práctica que Jesús conoce y no necesariamente aprueba, se trata de una ilustración, a partir de la realidad, para hablar *de otra cosa*. No somos iguales a Dios. La fuerza de su palabra, nuestra obediencia creatural a él, nuestra conciencia de la distancia respecto de él, son *ilustradas* por la comparación con las relaciones siervo-patrón, pero no son fundadas en ellas. Queremos que tales relaciones cambien, y no las aceptamos, pero la enseñanza de Jesús seguirá siendo válida. Mientras haya siervos y patrones, y ojalá que no existan más, nos ayudará a comprender el dicho de Jesús sobre la obediencia a la palabra de Dios. Por otra parte, las relaciones con Dios no lo benefician a él sino a nosotros. No nos manda para su provecho (como el patrón al siervo) sino para el nuestro. De modo que nuestra actitud de obediencia y de humildad nos favorece. Y esa es una diferencia significativa.

De modo que, a pesar del ejemplo usado por Jesús, la enseñanza es sobre nuestra disponibilidad y servicio, que no es sólo hacia él (resumida en las formas de culto) sino también hacia el prójimo (prácticas sociales).

La enseñanza de Jesús se inscribe dentro del único viaje a Jerusalén, una “subida” que es también un anuncio de su ascensión-glorificación (9:51) del profeta que sabe que morirá en Jerusalén. Durante ese viaje solemne, sin retorno, Jesús nos enseña cómo estar conectados con Dios en todo momento.

El fragmento de la 2ª carta a Timoteo se conecta con el evangelio por frases como “evoco el recuerdo de la *fe* sincera que tú tienes”, una *fe* “arraigada”, o sea con raíces (v. 5), “yo sé bien en quién tengo puesta mi *fe*” (v. 12), o la atmósfera de *fe* y amor en que Timoteo fue instruido por “Pablo” (personaje ficticio y arquetípico). El tema de la confianza en Dios aparece también en el recorte del libro del profeta Habacuc (el justo, que camina por el sendero de la palabra de Yavé se salva del peligro o del juicio por su confianza en el Dios capaz de salvar). En las estrofas que se leen del Salmo 37 (vv. 1-10) el tema de la confianza (verbo *bataj*, vv. 3a.5b; *qawâ*, esperar, v. 9) ocurre tres veces (con otro verbo, v. 7a), refiriéndose al poder salvífico y a la justicia de Yavé para con el devoto orante.

El tema de la fe, por lo tanto, estructura las cuatro lecturas de este domingo.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 19 – Octubre 2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

14.10.2001 – 19° domingo después de Pentecostés – Severino Croatto

2 Reyes 5:1-3, 7-15c; Salmo 111; 2 Timoteo 2:8-15; Lucas 17:11-19

En el relato que continúa al del domingo pasado, Lucas nos ofrece el episodio de los diez leprosos curados. El suceso tiene lugar “de camino a Jerusalén”, un dato recordado frecuentemente por el evangelista por tratarse de un viaje decisivo, con una meta precisa y un contenido teológico especial: es el *profeta* quien va a Jerusalén, donde recibirá el rechazo total de los poderes constituidos (hay que leer o recordar el centro del relato, en 13:31-33).

Las dos actividades de Jesús-profeta al estilo de Elías y Eliseo (predica y sana o resucita como ellos) son continuamente señaladas por Lucas. Hoy nos toca ver precisamente un relato de milagro. Jesús sana a diez leprosos. Aparte de lo que un leproso es por su misma enfermedad, hay que tener en cuenta que es una figura sobredeterminada culturalmente. El leproso produce rechazo, hay que mantenerlo aislado. Él mismo internaliza la conciencia de ser una persona marginada. Por eso, el dato de que los leprosos “se pararon a distancia” (v. 12b) tiene un doble sentido: para no contagiar, pero también porque se sienten rechazados por los sanos.

A pesar de eso, el texto valora los gestos. El de ellos, por pedir a Jesús que les tuviera compasión; no piensan que éste los rechace como hace la sociedad de aquel tiempo. El gesto de Jesús, por otro lado, es una respuesta a su confianza. Esta confianza se pone de relieve por el hecho de que no son curados *in praesentia* sino enviados a los sacerdotes. Fueron curados cuando estaban de viaje. Nos viene a la memoria el relato de la curación del hijo del funcionario real, que también tiene lugar “durante el camino” (Juan 4:50-51). De esta manera, la intervención de Jesús, a distancia, no se convierte en espectáculo, y da tiempo a los que la solicitaron a prolongar, sostener y profundizar la fe y la confianza en él. Por lo demás, la presentación a los sacerdotes podía tener un doble sentido: dar cuenta de que están en condiciones de reintegrarse en una sociedad que los consideraba “pecadores”, y testimoniar ante las autoridades *religiosas* sobre la acción del profeta taumaturgo Jesús.

Pero uno de ellos no da testimonio en el templo, sino en público (“glorificaba a Dios en alta voz”, v. 15) y regresa para agradecer a Jesús por la sanación. El gesto de postrarse implica una confesión de fe sobre el carisma divino mostrado por Jesús.

El texto da a entender que nueve de los ex leprosos volvieron a sus lugares o familias. Pueden haber agradecido a Dios, pero *se olvidaron* del mediador Jesús que había aceptado su pedido de curación. El único que se acuerda de volver para agradecer es alguien de quien se piensa lo peor: un samaritano. Tal vez porque los nueve judíos creen que es connatural el don de Dios, mientras que el samaritano lo aprecia más porque lo recibe a través de un judío.

Queda otro detalle a considerar. ¿Por qué este samaritano andaba con un grupo de judíos leprosos? La desgracia los había juntado, como decir que lo que los había unido era precisamente *la marginación*, doble para el samaritano, pero marginación al fin. Como leprosos, eran todos iguales ante la sociedad. Una vez sanados, la “diferencia” vuelve a manifestarse: los nueve judíos por un lado, el samaritano por el otro. Pero esa diferencia queda cualificada desde otro ámbito, el de la capacidad de gratificar al dador del don (gesto del samaritano), capacidad que no ejercen los nueve restantes.

El relato nos enseña que no sólo hemos de pedir a Dios el “don” que necesitamos, sino también agradecerle después de haberlo recibido. Y que Dios escucha a todos, no sólo a los “de adentro”. Los diez leprosos confiaron en Jesús por lo que sabían de él, no por ser judíos o samaritanos. Y Jesús los curó porque manifestaron su fe en él, no por ser judíos o samaritanos.

De las otras lecturas, el texto de 2 Reyes es recordado por la figura del leproso Naamán. El Salmo 111 es un elogio de las obras divinas en forma de agradecimiento y alabanza (comienza y concluye con este sentimiento). El término “obras” de Yavé aparece repetidas veces en el cuerpo del himno.

En cuanto a la carta a Timoteo, texto también semi-continuado, contiene una afirmación de la vida (v. 11) que bien puede relacionarse con el tema mayor ofrecido por la lectura del evangelio.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 19 – Octubre 2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

21.10.2001 – 20° domingo después de Pentecostés – Severino Croatto

Génesis 32:22-31; Salmo 121; 2 Timoteo 3:14, 4:5; Lucas 18:1-8

En el pasaje del evangelio escuchamos una parábola sobre un juez que no quiere atender a una viuda que pide la solución de un caso de injusticia (vv. 2-5); la interpretación que hace Jesús (v 6-8) es la enseñanza que Lucas quiere transmitir.

Notemos que el protagonista parece ser el juez, por cuanto se habla más de él (vv. 2 y 4-5) que de la mujer viuda (v. 3). Evidentemente, la actitud de este juez define la orientación de la parábola. Dos veces es calificado (por el redactor y por él mismo) como carente de temor a Dios y de respeto por el prójimo. Luego, Jesús mismo lo llama “juez injusto” (v. 6), no por lo que sucede en el relato (donde hace justicia) sino por ser un juez conocido por no hacer justicia en otras situaciones.

Repetimos: el juez *parece* ser el protagonista del relato. Sin embargo, éste apunta a la mujer. El episodio mismo se abre con esta advertencia orientadora para la lectura: “Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer”. Esta indicación hace a la viuda la protagonista pensada. El discurso mismo del juez lo señala: “para (que esta viuda) no venga continuamente a importunarme”, v. 5b).

De esto se trata: la viuda insiste en su reclamo, importuna continuamente, le causa molestias al juez cómodo y distraído. Lo cansa con la reiteración de su pedido de justicia. Esto es lo que ejemplifica la enseñanza propuesta en el v. 1 y que se refiere a nuestra relación con Dios a través de la oración. Recordemos que este relato es paralelo (también dentro de la estructura literaria del Gran Viaje de 9:52-19:48) al de 11:5-8.9-13, sobre el amigo importuno y la eficacia de la oración. Hay que leer los dos pasajes, porque son simétricos.

En la conclusión que saca Jesús, se da por sentado que Dios es mejor que aquel juez y que hará justicia a sus elegidos que oran con insistencia. Las expresiones “día y noche” y “(no) hacer esperar” hablan de la insistencia y reiteración de la oración. Más aun: Dios hará al revés del juez, ya que en lugar de demorar la justicia, la hará “pronto” (v. 8a). Parece a primera vista una incoherencia del texto: si Dios se expide pronto, ¿por qué hay que orar insistentemente? Se trata de que Dios no es como el juez lento y perezoso. Pero mirando desde el lado humano, es la persistencia y la constancia en el orar lo que muestra la fe (lo señala el final del relato, v. 8b). Y tal es la lección mayor de esta lectura, como lo proponía en su apertura (v. 1).

El relato de Génesis 32 es recordado precisamente por el tema de la insistencia de Jacob al pedir la bendición del personaje de la aparición (v. 27b, “no te suelto hasta que no me hayas bendecido”).

El Salmo 121 puede leerse en la perspectiva marcada por el texto evangélico. Yavé es representado reiteradamente como el “guardián” de Israel. Como tal es solicitado por el orante (“alzo mis ojos a los montes...”), y para que no duerma ni dormite (v. 3) hay que dirigirse a él continuamente.

La lectura de la segunda carta a Timoteo sugiere también que hay que “perseverar” en lo que uno ha aprendido y creído (3:14).

No sólo la recomendación a orar, sino sobre todo a orar siempre, con insistencia y perseverancia, es el tema mayor de las lecturas bíblicas de este domingo.

ESTUDIO EXEGÉTICO-HOMILÉTICO 19 – Octubre 2001

Es un servicio elaborado y distribuido por el Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (ISEDET), Buenos Aires, Argentina

Este material puede citarse mencionando su origen

28.10.2001 – 21° domingo después de Pentecostés – Severino Croatto

Jeremías 14:7-10, 19-22 o Eclesiástico 35:12-17; Salmo 84:1-6; 2 Timoteo 4:6-8, 16-18; **Lucas 18:9-14**

Una vez más, el texto lucano nos propone reflexionar sobre la oración. Ahora de otra manera. En 11:1-4 Lucas nos señala *qué* hay que orar, y además nos pone a Jesús como modelo de oración (“estando él orando en cierto lugar”, v. 1). Se le pide que enseñe a sus discípulos a orar, como Juan el Bautista lo había hecho con los suyos. Dado que la oración expresa el credo o la cosmovisión, es natural pensar que cada grupo o religión tenga su propio modo de orar (gestos y sobre todo contenido).

Ahora bien, el relato de este domingo es la contraparte estructural de 11:1-4. Si en este pasaje Jesús nos enseñaba *qué* debemos pedir en la oración, en 18:9-14 nos advierte sobre lo que *no* hemos de expresar al orar. El ejemplo es el del fariseo. Que su oración esté ante todo en la mira de Jesús, lo anuncia el v. 9 introductorio y el hecho de poner su oración en primer lugar.

El fariseo ora de pie. El contenido de su plegaria tiene tres partes, una central:

1. Agradece porque no es como “los demás”; hace una comparación que lo pone en ventaja delante de Dios. Él es justo, “los demás” son transgresores (se dan tres calificativos):
2. Él mismo se encarga de enumerar ante Dios sus buenas acciones (ayuda *dos veces* por semana; da el diezmo de *todas* sus ganancias).
3. Esta proclamación personal (los dos extremos de la oración) cobija en el centro un gesto de desprecio hacia “ese publicano” en especial. Él es diferente y mejor, y se lo recuerda a Dios.

Podemos constatar un detalle notable: el fariseo *no pide nada* a Dios. Tampoco le agradece por dones recibidos. Sólo habla de su propia excelencia. Sólo se alaba a sí mismo como justo, como “diferente” del publicano, como sujeto de buenas acciones. Parece tratarse de una notificación a Dios. Ni siquiera plantea la posibilidad de que, si es justo y “diferente”, lo sea por una protección o gracia divinas. Da gracias no porque Dios lo haya hecho lo que es sino porque *él es* lo que proclama ser. En el fondo, se agradece a sí mismo...

La actitud del publicano, por el contrario, se caracteriza por la humildad y por el sentimiento de indignidad: se mantiene a distancia (ambos habían subido hacia el templo, v. 10), no se atreve a levantar los ojos al cielo, se golpea el pecho en señal de arrepentimiento (v. 13). ¿Qué ora? Se reconoce pecador y solicita el perdón divino.

La lección: “*éste* bajó a su casa justificado”. El fariseo, que se creía justo y mejor que todos, volvió vacío. Y sobre todo, subió al templo con la plena conciencia de ser uno de los mejores justos, pero volvió como “no justificado” a los ojos de Dios.

La segunda lección, permanente, es que “el que se ensalza, será humillado, pero el que se humilla será ensalzado” (v. 14b).

En ambos casos hay una inversión de situaciones.

La relación con Dios debe partir del reconocimiento de la distancia. A él le corresponde acercarse. Cuando el ser humano proclama la cercanía con Dios como logro personal, se distancia objetivamente de él.

Hay mucho para pensar.

El pasaje del libro de Jeremías atestigua también dos clases de relaciones con Dios. El profeta se dirige a Yavé como pecador o como miembro de una comunidad pecadora, y un oráculo (v. 10) señala que Yavé “no se complace” en los pecadores reales, aunque ayunen o levanten holocausto y ofrenda (v. 11).

Si se elige el texto de Eclesiástico 35:12-17 (que vale la pena) se observarán las coincidencias con el evangelio de hoy y con el tema de la oración persistente del evangelio del domingo anterior. Esa oración del humilde, en efecto, “atraviesa las nubes” (v. 17).

El Salmo 84 es un ejemplo de oración que habla a Dios y *de Dios*. Las referencias al templo nos remiten al escenario del texto evangélico de este domingo.

Por último, las reflexiones del autor de 2 Timoteo 4:6-8 nos recuerdan un poco la actitud del fariseo (autoproclamación), pero en realidad son un testimonio de la perseverancia en la fe y de la esperanza en la manifestación del Señor. El orante es inclusivo, habla de una comunidad que espera con amor esa manifestación (v. 8 final).